



por Antonio
MERINO MADRID,
Cronista Oficial
de Añora

Vida de San Martín e historia de su culto en Añora (IV)

Resumen de lo publicado: San Martín de Tours nació hacia el año 316 en Sabaria, ciudad de la actual Hungría. Su padre, un oficial del ejército romano, lo obligó a prestar juramento en el ejército a la edad de quince años, aunque el muchacho había manifestado su rechazo. Durante una de sus rondas de vigilancia nocturna en pleno invierno, Martín dividió en dos su propia capa militar para entregar la mitad a un menesteroso. Tras su abandono de la milicia, entró al servicio de la Iglesia, donde es nombrado sacerdote en el 360. Martín, sin embargo, prefirió entregarse a la vida eremítica y fundó el monasterio de Ligugé, en Francia. Enseguida comienzan a atribuírsele los primeros milagros. En el 371 fue proclamado obispo de Tours y en el 375 fundó en Marmoutier un monasterio que se convirtió en el primer centro de formación clerical de la Galia.

Capítulo 4. Con mendigos y emperadores

A los inicios de su episcopado, los cristianos de la diócesis estaban casi todos concentrados en la ciudad de Tours, porque en toda aquella región el cristianismo había permanecido como una religión fundamentalmente urbana. Martín emprendió la conversión del campo en su diócesis, que era extensa y tenía unos límites poco definidos. La experiencia de Ligugé iba a dar sus frutos; supo ganarse los

ánimos de los campesinos y obtener una abundante corriente de conversiones. Fundó numerosas parroquias rurales e inició las visitas episcopales por toda la diócesis: cada año, en efecto, visitaba regularmente las parroquias, viajando simplemente



a lomos de un borrigo, en barca y a veces a pie, pero siempre acompañado de una escolta de monjes y clérigos. No limitaba sus visitas pastorales a la cumplimentación de los asuntos corrientes, sino que se esforzaba sobre todo en animar a los sacerdotes, guiarlos en su tarea, incitarlos en la lucha contra la idolatría y a restablecer la paz.

En el transcurso de sus viajes Martín fundaba monasterios para aquellos que querían vivir según su ejemplo, por lo general pequeños monasterios que eran focos de vida cristiana. La evangelización de la Galia rural en los siglos IV y V debe mucho a estas comunidades ascéticas martinianas. Fundó también algunos monasterios femeninos.

La acción misionera de Martín se difunde muy rápidamente por todo el país y su presencia está documentada en lugares muy diversos. En Leprosum (Levroux nel Berry) destruye un templo pagano; en otra aldea resucita a un niño y convierte a todos los habitantes; en Chartres devuelve el don de la palabra a una mujer muda; en París sana a un leproso dándole un beso en la cara; en Tréveris curó a un paralítico y a un endemoniado y convirtió a un ex-procónsul; en Sens libró a las cosechas del granizo; en Viena encuentra a Paulino de Burdeos, que luego sería obispo de Nola, y le cura los ojos enfermos. Martín predicó también en el país de los eduos y allí destruyó un templo, pero los paganos lo amenazaron de muerte y tuvo que huir.

Con más detalle, cuenta Sulpicio Severo otro de sus milagros:

"Había en Tréveris una joven que sufría una gravísima enfermedad de parálisis, de tal suerte que ya llevaba mucho tiempo que no podía servirse de los miembros del cuerpo para satisfacer sus propias

◀ *necesidades. De todas sus partes se hallaba tan impedida que apenas si se la sentía el tenue aliento de su respiración.*

"Los afligidos padres la acompañaban sin más esperanza que la de presenciar el funesto desenlace, cuando de pronto corre la noticia de que Martín había llegado a aquella ciudad, lo que así como lo supe el padre de la joven, acudió más muerto que vivo, a rogar por su hija. En ese instante Martín, por casualidad, había entrado en la iglesia. Allí, a vista del pueblo y muchos otros, en presencia de los obispos, el anciano padre se abrazó a sus rodillas y le dice: "Tengo una hija que se está muriendo de una enfermedad horrible, y lo que es peor que la misma muerte, que ya de antemano, está muerta la carne: sólo vive el espíritu. Ruégote que te acerques a ella y la bendigas: confío que por ti le ha de ser devuelta la salud".

"Atónito y desconcertado, huyó de allí el Santo, diciendo: que él no tenía poder para tal cosa, que aquel anciano había perdido el sentido, que él no era digno de que Dios por su medio hiciera un tal prodigio.

"Insiste llorando el padre de la enferma con mayor ahínco. Por último, obligado además por las súplicas de los obispos que le rodeaban, se decidió a ir a la casa de la joven enferma. Una inmensa multitud apiñada a la puerta, se hallaba a la expectativa de lo que pudiera suceder. En primer lugar lo que para él en semejantes casos era su arma favorita, postrado de rodillas, se puso a orar a solas. Después, fijando la mirada en la enferma, pidió que le dieran un poco de óleo, lo cual una vez que lo bendijo, se lo aplicó a la joven en la boca, en cuya virtud, le fue devuelta la voz, y a su contacto, insensible y

lentamente, todos los demás miembros empezaron a dar señales de vida, hasta que se levantó y empezó a andar con paso firme, siendo testigo todo el pueblo".

Martín, que tenía un concepto grandioso de su misión como obispo, cumplía seriamente su cometido de árbitro en las disputas y no titubeaba en enfrentarse a los altos funcionarios y al mismo emperador para recordarles sus propios deberes e incitarlos a la justicia.

En Tours se atrevió incluso a enfrentarse con el conde Avitiano, que ejercía como auténtico tirano. Éste, después de haber estado como emisario en África, había sido enviado a la Galia por el emperador Máximo como comisario imperial para identificar a los partidarios del emperador Graciano, destronado por él y asesinado en Lyon en el 383. El conde recorría la Galia provisto de plenos poderes y los usaba implacablemente. Muchas personas sospechosas eran arrestadas y ejecutadas. El comisario imperial llegó un día a Tours seguido de una hilera de gente encadenada. Ordenó preparar diversos instrumentos de tortura para darles muerte al día siguiente. En mitad de la noche, Martín se desplazó al palacio del conde y llegó a la presencia del tirano, quien, por advertencia divina, lo recibió y ordenó liberar a todos los prisioneros. El conde y el obispo llegaron a ser amigos y los habitantes de Tours tuvieron paz.

En los comienzos de su episcopado hizo un viaje a Tréveris para realizar cierta petición. El emperador Valentiniano se negó a recibirlo, sin duda por instigación de la emperatriz, que protegía a los

arrianos. El obispo de Tours penetró entonces en el palacio y, de improviso, llegó a la presencia del soberano. Este lo acogió hostilmente, sin ni siquiera ponerse en pie, pero en un momento, según cuenta la tradición, el trono imperial comenzó a arder. Valentiniano debió entonces levantarse y vio en este hecho una señal del cielo; dispensó la máxima deferencia a Martín y accedió a todas sus peticiones, lo invitó a su mesa y le ofreció regalos que el obispo rechazó. Posteriormente, Martín pidió frecuentemente al emperador Máximo que liberara a los prisioneros, llamara a los exiliados y restituyera los bienes confiscados.

En cierta ocasión, asistiendo a una ceremonia presidida por el emperador Máximo, Martín hizo gala de su concepción de que la autoridad apostólica está por encima de la imperial. Cuenta Severo que hacia la mitad del banquete, como es costumbre, el ministro ofreció la copa al emperador, quien, a su vez, se la pasó al obispo con la idea de que se la devolviera y así poder tomarla de su mano, cosa que deseaba fervientemente. Pero Martín, una vez que la hubo tomado, se la entregó al presbítero que lo acompañaba, juzgando que era el más digno de degustar la copa después de él, incluso antes que el emperador. Y apostilla Severo que esta acción fue muy celebrada en palacio, "que hubiera realizado Martín en la mesa del Emperador lo que en la de los Obispos no se practicaba".

[Continuará]

Ilustración: San Martín consagrando una capilla. Fresco de la Iglesia de San Francisco en Asís (Italia). 1321.